

DEL LOGOCENTRISMO A LA TEXTUALIDAD: LA AUTOBIOGRAFÍA ACADÉMICA COMO INTERVENCIÓN HISTORIOGRÁFICA*

*From Logocentrism to Textuality:
Academic Autobiography as Historiographic Performance*

Jaume AURELL**
Universidad de Navarra

RESUMEN: El artículo se propone analizar cómo ha afectado la llamada “crisis de la historia” a los historiadores y a la disciplina histórica, desde los años setenta a la actualidad. Estas transformaciones suponen una auténtica revolución historiográfica, desde los paradigmas de la posguerra a los movimientos postmodernos (“giro lingüístico”), que a su vez han sido sustituidos más recientemente por la tercera vía que representa la historia cultural (“giro cultural”). Para analizar estas transformaciones, el artículo se basa en tres textos autobiográficos de tres de los historiadores emblemáticos de las nuevas tendencias: William H. Sewell, Jr., Gabrielle Spiegel y Robert Rosenstone. Ellos utilizan su narración autobiográfica para contextualizar, elaborar, y definir no solamente su área de especialización, sino el propio proceso de escritura histórica. Se trata de unos textos no sólo “informativos” sino también “performativos”, en el sentido que ellos mismos contribuyen a cambiar el curso de la historiografía. La conclusión principal es que, en un mundo científico en el que aumenta incesantemente la necesidad de la auto-conciencia, la representatividad de lo singular y la reflexión

* Fecha de recepción del artículo: 2007-12-21. Comunicación de evaluación al autor: 2008-03-04. Fecha de publicación: ***-***.

La investigación se ha desarrollado en el marco del proyecto “Autobiografía e Historia”, financiado por la Universidad de Navarra en su programa PIUNA (2004-2007). Agradezco especialmente las sugerencias de Rocio Davis y Pablo Vázquez sobre los temas relacionados con las autobiografías de historiadores. Las traducciones vertidas en este artículo son mías, a excepción de los textos cuyo original inglés o francés ya tienen publicada una edición en castellano.

** Doctor en Historia. Profesor Titular de Universidad de Historia Medieval. Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra, 31080 PAMPLONA (España). C.e.: saurell@unav.es.

epistemológica, se requieren nuevas formas de expresión para la comprensión de la realidad. Las autobiografías académicas, consideradas hasta hace muy poco como un ingrediente residual del mundo de las producciones científicas, se convierten así en una fuente de información imprescindible para la comprensión de los fenómenos intelectuales.

PALABRAS CLAVE: Historiografía, Autobiografía académica, Crisis de la historia, William Sewell Jr., Gabrielle Spiegel, Robert Rosenstone.

ABSTRACT: This essay studies how the so-called “crisis of history”, a period of intense epistemological reevaluation from the 1970s to today, has influenced historians and the historical discipline. These changes have led to a historiographical revolution in three general stages: from the postwar paradigms to postmodern movements (the linguistic turn), to which the third way—cultural history—has been added. In order to analyze these transformations, I focus on autobiographical essays by three historians considered representative of the new tendencies: William H. Sewell, Jr., Gabrielle Spiegel y Robert Rosenstone. These historians use their autobiographical narratives to contextualize, explain and define not only their field of expertise, but also the process of historical inscription. These texts are *performative* as much as *informative*, as they contribute to changing the course of historiography. The paper concludes that these forms of self-reflection and self-representation are crucial to the development of our understanding of reality. Thus academic autobiographies which, until recently were not considered a valid documentary source for historiography, thus become a vital multilayered source of information about intellectual processes and the negotiation of history.

KEYWORDS: Historiography. Academic Autobiography. Crisis of History. William Sewell jr.. Gabrielle Spiegel. Robert Rosenstone.

SUMARIO: 0. Introducción. 1. El género de los ensayos académicos autobiográficos y la ego-historia. 2. Del análisis a la interpretación: William H. Sewell, Jr. 3. Itinerarios transaccionales: Gabrielle Spiegel y la teoría del “middle ground”. 4. Robert Rosenstone y las paradojas del postmodernismo. 5. Conclusiones

0. INTRODUCCIÓN

Los diagnósticos que los historiadores elaboran de su propia disciplina no tienen sólo una función explicativa sino que también funcionan como agentes activos de transformaciones historiográficas. Si hoy día hablamos de una “crisis de la historia” es, en buena medida, por el lúcido diagnóstico que realizó Gérard

Noiriel sobre la situación de la historia en 1996¹. Con esta expresión, Noiriel se refería básicamente a las dos espadas de Damócles que, a lo largo de los ochenta, habían atenazado a la disciplina histórica. Por un lado, se cernía la amenaza del relativismo, que conectaba con la expansión de las tendencias postmodernas y la puesta en tela de juicio de la objetividad histórica; por otro, se había planteado con toda su crudeza el debate sobre el verdadero lugar de la historia entre las ciencias sociales².

Carlo Ginzburg ya había profetizado, a finales de los setenta, el vendaval que iba a azotar a la disciplina histórica en los años ochenta: “desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcance resultados que no tengan gran importancia”³. La historia había apostado decididamente por el cientifismo desde el surgimiento del historicismo y el positivismo decimonónicos. A finales de los años setenta, la seguridad de los paradigmas –marxismo, estructuralismo, cuantitativismo– parecía desmoronarse, dejando paso a un relativismo algo paralizante.

Todo ello se puso de manifiesto más crudamente en el *tournant critique* que sufrieron los *Annales*, una de las plataformas académicas que más había influido en la evolución de la historiografía a lo largo del siglo veinte. En el prólogo de un fascículo de 1988 de su revista, los editores apostaban decididamente por un nuevo encaje de la historia entre las ciencias sociales⁴. El texto representaba claramente un golpe de timón, que anunciaba un nuevo tiempo de esperanza tras las dificultades de encaje disciplinar por el que había pasado la disciplina histórica por aquellos años⁵. La salida de la crisis llegaría unos años más tarde, con el significativo cambio de título de la cabecera, que pasó del tradicional *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* – que expresaba elocuentemente la vinculación de la historia con las tendencias

¹ NOIRIEL, G., *Sur la «crise» de l'histoire*, París, Berlin, 1996.

² Sobre esta cuestión es útil el volumen colectivo OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. J. (eds.), *The Strength of History at the Doors of the New Millenium: History and the Other Social and Human Sciences along the 20th Century*, Pamplona, Eunsa, 2005.

³ GINZBURG, C., «Roots of a Scientific Paradigm», *Theory and Society*, 1979, vol. 7, p. 276.

⁴ El prólogo, que parece haber sido redactado por Bernard Lepetit y Jacques Revel, fue titulado “Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?”, y publicado en *Annales*, 1988, nº 2 (marzo-abril), pp. 291-293.

⁵ LEPETIT, B., «Histoire des pratiques, pratique de l'histoire», en LEPETIT, B. (ed.), *Les formes de l'expérience. Un autre histoire sociale*, París, 1995, pp. 9-22.

socioeconómicas – al de *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, más acorde con las nuevas tendencias⁶. Sin embargo, el subtítulo mostraba una recalcitrante resistencia a dar la bienvenida al predominio de lo cultural, uno de los rasgos que más claramente definen la situación de la historiografía actual.

Mi propósito en este artículo es analizar cómo ha afectado, tanto a la disciplina histórica como a los mismos historiadores, este período más intenso de replanteamiento epistemológico de la historia, que se ha extendido desde los años setenta a la actualidad. Estas transformaciones están materializadas en una auténtica revolución historiográfica, que ha llevado desde los paradigmas de la posguerra (basados en una historia socioeconómica de base cuantitativa y lenguaje científico) a los movimientos postmodernos (“giro lingüístico”), que a su vez han sido sustituidos más recientemente por la tercera vía que representa la historia cultural (“giro cultural”). Mi intención no es tanto acometer un diagnóstico de lo que pasó como apuntar las tendencias que hoy en día se vislumbran en el panorámico historiográfico, que indudablemente son más esperanzadoras y menos angustiosas e inciertas que las de los años setenta y ochenta. Para esto, me voy a basar prioritariamente, como fuente documental, en los cada vez más abundantes textos autobiográficos de historiadores que han ido apareciendo en los últimos cuarenta años. En concreto, me interesa señalar cómo historiadores tan emblemáticos de las nuevas tendencias como William Sewell, Gabrielle Spiegel y Robert Rosenstone utilizan su narración autobiográfica para contextualizar, elaborar, y definir no solamente su área de especialización, sino el propio proceso de escritura histórica.

Sewell es un contemporaneísta conectado con la sociología, que representa una evolución paradigmática desde la utilización de los modelos cuantitativistas a la práctica de la historia cultural. Spiegel es una medievalista que se inició en los métodos tradicionales del análisis de la historiografía medieval y acabó siendo una apasionada defensora de la introducción de las tendencias postmodernas. Sin embargo, con el tiempo, Spiegel se ha caracterizado siempre por una defensa de la referencialidad en la historia, postulando una “tercera vía” entre las tendencias tradicionales y las postmodernas –postura moderada que ella misma define como “middle ground”. Rosenstone, por fin, es un historiador que ha practicado con brillantez el género biográfico y que se puede considerar el clásico ejemplo de “historiador postmoderno”. Sin embargo, en sus escritos autobiográficos, en un gesto típicamente postmoderno, siempre ha puesto en duda la aplicación de esta etiqueta para sí mismo y siempre ha postulado la

⁶ *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 1994, vol. 49, pp. 3-4.

necesidad de depurar a las nuevas tendencias de sus elementos más espuriamente relativizantes. Estos tres historiadores tienen en común un particular olfato a la hora de enjuiciar y practicar las nuevas tendencias, por lo que sus textos autobiográficos, presentados en forma de artículos, tienen un especial vigor epistemológico e interés propiamente historiográfico.

Sintomáticamente, la proliferación de la autobiográfica académica entre los historiadores está relacionada con su conciencia de “crisis”, lo que les ha llevado a preguntarse reflexivamente sobre su función en el ámbito general de las ciencias, en el mundo intelectual, y en la sociedad en general⁷. El aumento de ejemplos de escritura autobiográfica por parte de los historiadores, unos académicos especialmente entrenados dentro de una tradición de objetividad, revela también el aumento de la auto-conciencia de la historia en detrimento de su objetivación. Personalmente, estoy convencido de la utilidad de los textos autobiográficos de los historiadores como fuente de historia intelectual y, más particularmente, como plataformas privilegiadas para una mayor comprensión de la evolución de nuestra propia disciplina⁸. De hecho, de modo incremental, nos estamos dando cuenta de la importancia de lo personal insertada en el discurso académico e intelectual. Como postulan Diana Freedman y Olivia Frey, el itinerario personal de los académicos no es un hecho accidental en su carrera sino que, de un modo bastante complejo, condiciona el entero proceso de la investigación. Por nuestra parte, el conocimiento de los detalles autobiográficos de los académicos contribuye a una mejor comprensión de los métodos de los campos en los que han trabajado durante toda su vida y de sus preferencias metodológicas y epistemológicas. Como demuestra la experiencia personal de cada académico, los campos de investigación y las experiencias vitales están intrínsecamente unidos⁹. Este fenómeno es el que la afroamericana Bell Hooks, especialista en crítica literaria, ha definido como “critical process

⁷ POPKIN, J. D., *History, Historians & Autobiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005 y POPKIN, J. D., «Historians on the Autobiographical Frontier», *American Historical Review*, 1999, vol. 104, pp. 725-748. Ver también el sugerente artículo de DINTENFASS, M., «Crafting Historians' Lives: Autobiographical Constructions and Disciplinary Discourses after the Linguistic Turn», *The Journal of Modern History*, 1999, vol. 71, pp. 150-165.

⁸ Ideas que he postulado en AURELL, J., «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», *Rethinking History: Journal of Theory and Practice*, 2006, vol. 10, pp. 433-449. Sobre este tema, está en preparación un volumen especial de la revista *Rethinking History*, titulado «Academic Autobiography and/in the Discourses of History», a aparecer en enero 2009, coordinado por Jaume Aurell y Rocío G. Davis.

⁹ FREEDMAN D. P. y FREY, O., «Self/Discipline. An Introduction», *Autobiographical Writing Across the Disciplines: A Reader*, Durham, Duke University Press, 2003, pp. 1-37 (aquí p. 2).

of theorizing”¹⁰. El género autobiográfico deviene un artefacto académico en sí mismo, cuyos autores se proponen entender mejor la evolución de su disciplina a través de la reflexión sobre su propia vida.

1. EL GÉNERO DE LOS ENSAYOS ACADÉMICOS AUTOBIOGRÁFICOS Y LA EGO-HISTORIA

Cuando los historiadores escriben sus autobiografías, lo suelen hacer del mismo modo que cuando escriben sus monografías históricas. Su aproximación a su propia vida es análogo al modo de su aproximación al pasado, quizá porque los hábitos intelectuales de una vida son difícilmente prescindibles ante cualquier tipo de escritura y género. Se pueden distinguir claramente dos tipos de aproximación a la propia vida por parte de los historiadores: las autobiografías de los historiadores “construccionistas” y las de los “postmodernos”. Los historiadores construccionistas –formados en la tradición objetivista de historicismos, marxismos, positivismos y cuantitativismos– se alejan de su nuevo objeto de estudio, su propia vida, como lo hacen con cualquier otro objeto histórico, para ganar en perspectiva. Sus autobiografías son ponderadas, distantes y afectadas de un peculiar estilo formalista académico, poco acorde con la fuerte carga subjetiva y emocional asociada al género autobiográfico. Algunas de ellas utilizan incluso notas a pie de página, algo que repele teóricamente a un género tan “narrativo” como las autobiografías. Algunos casos significativos de este modo de construir las propias autobiografías son *Años interesantes* de Eric Hobsbawm, *Ce que j'ai cru comprendre*, de Annie Kriegel, o *La historia continua* Georges Duby¹¹. Los historiadores postmodernos, en cambio, tienden a componer su propia autobiografía de un modo más performativo que informativo, adentrándose ellos mismos en la trama de su “biografiado”, “haciendo” historia con el mismo proceso de escritura autobiográfica, y desprendiéndose de todos los convencionalismos académicos historiográficos al uso. El resultado son unas peculiares narraciones autobiográficas, donde el relato realista del pasado se mezcla con buenas dosis de lo imaginativo, lo subjetivo y, más veladamente, lo ficcional. Textos como *The Man Who Swam into History* de Robert Rosenstone,

¹⁰ HOOKS, B., *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom*, New York, Routledge, 1994, p. 70.

¹¹ DUBY, G., *L'histoire continue*, París, Odile Jacob, 1991 (edición española: DUBY, G., *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1992); KRIEDEL, A., *Ce que j'ai cru comprendre*, París, Lafont, 1991; HOBBSAWM, E., *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

Waiting for Snow in Havana de Carlos Eire, *Out of Egypt* de André Aciman, entre muchos otros, son bien elocuentes de esta tendencia¹².

Sin embargo, estas diferencias se diluyen cuando los historiadores son requeridos a reflexionar sobre su propia carrera académica por los responsables de una revista académica o por los editores de un libro colectivo. Entonces, sin perder del todo sus propias tendencias, se muestran más condescendientes a la hora de descubrir los aspectos nucleares de su personalidad como historiadores: su formación intelectual, sus opciones temáticas, sus tendencias historiográficas preferentes, el influjo de los colegas, su evolución a lo largo de su carrera. La incisividad propiamente historiográfica de estos ensayos se debe, a mi entender, a tres factores: la limitación de espacio disponible (un capítulo de libro o un artículo de revista), el tipo de publicaciones para las que escriben (volúmenes dedicados a temas específicamente académicos o revistas propiamente científicas) o, quizás de un modo más determinante, la inconsciente asimilación de su ensayo autobiográfico a las técnicas propias del *paper* al que han sido entrenados durante toda su vida.

Este tipo de ensayos autobiográficos se convierten en unas plataformas privilegiadas para conocer la evolución de la historiografía reciente porque los textos hablan por sí mismos, sin necesidad siquiera de tener que ser confrontados continuamente por el contexto. Dos pioneros muy localizados para cada una de las publicaciones en las que se incluyen este tipo de ensayos – revistas académicas y obras colectivas – son el ensayo de Fernand Braudel, «Mi formación como historiador», publicado en 1972 en la prestigiosa revista *Journal of Modern History*, y el volumen «Essais d'egohistoire», coordinado por Pierre Nora en 1987, que inauguró a la vez que consolidó este nuevo subgénero histórico-autobiográfico¹³.

Las reticencias de Braudel al ser requerido para describir su propio itinerario intelectual eran lógicas: para un historiador como él, convencido de la distancia necesaria entre el sujeto y el objeto en la historia, la tarea de convertirse simultáneamente en sujeto y objeto de su escritura histórica

¹² ROSENSTONE, R., *The Man Who Swam into History. The (Mostly) True Story of My Jewish Family*, Austin, University of Texas Press, 2005; ACIMAN, A., *Out of Egypt: A Memoir*, New York, Penguin Books, 1996; EIRE, C., *Waiting for Snow in Havana: Confessions of a Cuban Boy*, New York, Free Press, 2003.

¹³ BRAUDEL, F., «Ma formation d'historien», *Journal of Modern History*, 1972, vol. 44, pp. 448-467. Utilizo la versión castellana, BRAUDEL, F., «Mi formación como historiador», *Escritos sobre la historia*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 11-32; NORA, P., ed., *Essais d'ego-histoire*, París, Gallimard, 1987.

correspondía a abjurar de sus principios epistemológicos. Sin embargo, el historiador francés salió airoso del reto, legándonos un texto tan sustancioso como conciso, cuya lectura permite una mayor comprensión de su trayectoria intelectual y de las corrientes historiográficas que practicó¹⁴. En su artículo, publicado a principios de los setenta, cuando prácticamente había finalizado todos sus grandes proyectos –Mediterráneo, Capitalismo, Francia–, defendía y justificaba enérgicamente su propio itinerario, sus elecciones temáticas, sus relaciones personales¹⁵. Sin embargo, parecía no darse por enterado de los cambios que ya por aquel entonces estaban sacudiendo a la disciplina histórica –el volumen sobre el *giro lingüístico* editado por Rorty, por ejemplo, había aparecido cinco años antes. Sólo se refería a ellos tangencialmente, hablando de la siguiente generación de los *Annales* que arrancaba por aquel entonces, conocidos después como los abanderados de la historia de las mentalidades: “¿hice bien cuando, hace más de cuatro años, decidí (...) dejar la tarea de dirigirlos, sin volver a ocuparme yo de ellos, a un equipo joven, compuesto por Jacques Le Goff, un medievalista, por Emmanuel Le Roy Ladurie, un modernista, por Marc Ferro, un especialista de la historia rusa actual? A veces, francamente, no estoy de acuerdo con ellos. Pero gracias a ellos la vieja casa ha vuelto a ser casa de la juventud”¹⁶.

Quince años después, Pierre Nora conseguía reunir a los más prestigiosos historiadores franceses de todas las especialidades para consagrar un nuevo subgénero (“la egohistoria”), que respondía muy bien a las inquietudes que desasosegaban a los historiadores por aquellos años. Los ensayos incluidos en el libro son, en efecto, valiosas contribuciones al mejor conocimiento de la evolución de la disciplina y luminosas auto-evaluaciones de la coherencia de las personales carreras académicas. A partir de entonces, académicos de diversas áreas también pusieron por escrito reflexiones sobre sus trayectorias intelectuales¹⁷. Justo veinte años después de la publicación de «Essais d’egohistoire», acaba de aparecer volumen análogo, *Why France? American*

¹⁴ AURELL, J., «Autobiographical Texts as Historiographical Sources: Rereading Fernand Braudel and Annie Kriegel», *Biography*, 2006, vol. 29.3, pp. 425-445.

¹⁵ Una magnífica síntesis del itinerario de Braudel en LAI, CHENG-CHUNG, *Braudel’s Historiography Reconsidered*, Dallas, University Press of America, 2004.

¹⁶ BRAUDEL, «Mi formación», p. 32.

¹⁷ Por ejemplo, para el caso de la geografía y la literatura comparada: GOULD, P. Y PITTS, R. (eds.), *Geographical Voices: Fourteen Autobiographical Essays*, Syracuse, Syracuse University Press, 2002 y GROSSMAN, L. Y SPARIOSU, M. I. (eds.), *Building a Profession: Autobiographical Perspectives on the Beginnings of Comparative Literature in the United States*, Albany, Suny, 1994.

Historians Reflect on an Enduring Fascination, editado por Laura Lee Downs y Stephanie Gerson, en el que han sido invitados a contar sus experiencias académicas los historiadores norteamericanos que han consagrado su investigación a la historia de Francia¹⁸. Si a finales de los ochenta se reunieron los más renombrados historiadores franceses del momento para contar sus propios itinerarios intelectuales y académicos, en este proyecto participan algunos historiadores norteamericanos, que a lo largo de su carrera han sentido fascinación por Francia y la han elegido como objeto histórico – el cambio de nacionalidad de los contribuyentes expresa también mucho de la traslación del centro de gravedad de la innovación historiográfica. El resultado ha sido similar, y una comparación entre los ensayos incluidos en los dos volúmenes resulta especialmente reveladora de las diferentes tendencias dominantes de uno y otro momento de la historiografía.

Estos libros colectivos no han sido los únicos artículos autobiográficos aparecidos durante los últimos veinte años. Entre los muchos otros, cabría destacar los ensayos de Clifford Geertz (*After the Fact*) y de Dominick LaCapra (*Tropisms of Intellectual History*)¹⁹. En todo caso, estos breves pero sugerentes ensayos de autobiografía académica se convierten así en pequeños artefactos literarios, que contienen algunas claves interpretativas que son fundamentales para conocer la evolución de la disciplina histórica y, al mismo tiempo, para comprender mejor las transformaciones que se han ido operando en el mundo intelectual y académico habitado por los historiadores. La misma proliferación de este subgénero debe ser considerado, a mi entender, como una de las manifestaciones más expresivas del cambio de centro de gravedad –de lo analítico a lo narrativo, de lo serial a lo singular, de lo científico a lo cultural, de lo objetivo a lo subjetivo, de lo colectivo a lo individual, y de lo material a lo personal– que ha sufrido la disciplina histórica en estos últimos treinta años. Las reticencias de los historiadores formados en los paradigmas de la posguerra – Braudel, Kriegel, Hobsbawm o Duby– a la hora de escribir sus relatos autobiográficos contrastan significativamente con la presteza con que los historiadores postmodernos –Rosenstone, LaCapra, Geertz, Sewell– se aprestan a escribir sus ensayos, que incluso aceptan hacerlo mucho antes de que empiece el declive de su carrera académica. El incremento de este género no debe ser

¹⁸ DOWNS, L. L. y GERSON, S. (eds.), *Why France? American Historians Reflect on an Enduring Fascination*, Ithaca, Cornell University Press, 2007.

¹⁹ GEERTZ, C., *After the Fact. Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*, Harvard, Mass., Harvard University Press, 1995 (edición española en *Tras los hechos*, Barcelona, Paidós, 1996); LACAPRA, D., «Tropisms of Intellectual History», *Rethinking History*, 2004, vol. 8, pp. 499-529.

atribuible a una acentuación de la “vanidad” de los nuevos historiadores, sino más bien a su convencimiento respecto a la validez histórica de los testimonios personales y la representatividad de las historias singulares, así como a la creciente influencia de lo propiamente narrativo, emotivo e imaginativo en la escritura de la historia²⁰.

2. DEL ANÁLISIS A LA INTERPRETACIÓN: WILLIAM H. SEWELL, JR.

El extenso relato autobiográfico del historiador William H. Sewell, Jr. es un magnífico testimonio de la validez de la autobiografía académica como auto-comprensión de las mutaciones intelectuales sufridas por la propia disciplina²¹. Camuflado entre otros artículos publicados en un libro recopilatorio, los sesenta páginas del ensayo “The Political Unconscious of Social and Cultural History, or, Confessions of a Former Quantitative Historian”, son un apasionante recorrido por la evolución de las ciencias sociales en los últimos cuarenta años, desde la sociología histórica de tipo estructuralista al giro cultural, pasando por el traumático período del giro lingüístico y postmoderno. Tal como Sewell reconoce desde el principio, su artículo se ubica entre las fronteras del ensayo académico, la reflexión personal y la crítica política, lo que expresa bien la potencialidad que puede llegar a tener el género de la autobiografía académica: “This chapter straddles the boundaries between scholarly essay, personal reflection, and political critique”. El “cambio de guardia” de la historia social a la cultural está explícitamente diagnosticado por Sewell también desde el principio: “En el contexto americano, estas cuatro décadas (de los sesenta a los noventa) corresponden casi estrictamente al desarrollo del programa de investigación que fue comúnmente designado la “nueva historia social”, desde su meteórico ascenso en los sesenta y setenta hasta su sorprendentemente vertiginoso desplazamiento por la “nueva historia cultural”, en los años ochenta y noventa”²².

²⁰ Hasta donde yo sé, en España sólo ha aparecido un volumen de estas características (el monográfico de la revista *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2005, vol. 27, 2005, donde algunos profesores españoles de historia contemporánea narran algunas vicisitudes académicas en tono autobiográfico. Es una lástima que las contribuciones estén demasiado centradas en los avatares de las oposiciones, y muy pocas –salvo quizás la de Ignacio Olábarrí y Juan Pablo Fusi– se centran en problemáticas verdaderamente historiográficas o intelectuales.

²¹ SEWELL JR., W. H., «The Political Unconscious of Social and Cultural History, or, Confessions of a Former Quantitative Historian», *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005, pp. 22-80.

²² Las dos citas de este párrafo en: SEWELL, «The Political Unconscious», p. 22.

Sewell ha vivido esta evolución intensamente, considerándose él mismo un “historiador cuantitativo”, que ha abrazado con entusiasmo las nuevas tendencias relacionadas de un modo u otro con el “giro lingüístico”. Así se pone de manifiesto en el mismo subtítulo de su artículo («Confessions of a Former Quantitative Historian»), expresión que es suficientemente elocuente de su trayectoria. Su itinerario personal está perfectamente reflejado en los epígrafes de su largo auto-retrato intelectual, que coinciden a su vez exactamente con la evolución de la historiografía occidental finisecular: de la “Social History” – años cincuenta y sesenta– al “The Cultural Turn” –ruptura localizada en los años setenta, para buscar después una tercera vía– y, finalmente, “Toward a Reconstitution of the Social”, que representa un intento de recuperar lo más “personal” e “individual” de la historia social.

Sewell empezó su carrera académica imbuido de una visión positivista de la ciencia, que había aprendido directamente de su padre, William Sewell, Sr., un eminente sociólogo cuyo proyecto vital consistía en convertir a su disciplina en algo “plenamente científico” –una especie de “sociología positivista”. De este modo, el hijo reconoce que empezó su carrera como historiador plenamente equipado con una visión positivista de la ciencia, que había aprendido en el regazo de su padre. Muchos otros académicos de esa generación podrían desde luego suscribir estas palabras. De hecho, su primer artículo de investigación fue un intento de explicar el uso que hizo Marc Bloch de la historia comparativa, de acuerdo con la noción positivista de hipótesis²³. Su tesis doctoral, defendida cuatro años después, consistió en un análisis de la estructura de la clase trabajadora en Marsella –nótese la nomenclatura típicamente marxista– a mediados del siglo XIX, basado en un masivo esfuerzo de investigación cuantitativa²⁴.

De modo interesante, Sewell puntualiza que muchos de los “historiadores sociales” formados en los métodos cuantitativistas como él, tuvieron una formación autodidacta, porque sus maestros no tuvieron excesiva preocupación en darles una guía metodológica excesivamente detallada. De este modo, aprovechando la flexibilidad de los planes de estudios de las universidades norteamericanas –ahí puede radicar una de las claves de la diferente evolución de la disciplina histórica respecto a Europa– recibieron clases en sociología, ciencia política y economía. Proliferaron así revistas académicas dedicadas

²³ SEWELL JR., W. H., «March Bloch and the Logic of Comparative History», *History and Theory*, 1967, vol. 6, pp. 208-218.

²⁴ SEWELL JR., W. H., *The Structure of the Working Class of Marseille in the Middle of the Nineteenth Century*, Ph.D., University of California, Berkeley, 1971.

específicamente al análisis de la historia social, entre las que se pueden destacar *Comparative Studies in Society and History* (1958), *The Journal of Social History* (1967), *The Journal of Interdisciplinary History* (1970), *Peasant Studies* (1972), *Social Science History* (1976). Los “historiadores sociales”, formados en los métodos cuantitativos y en el conocimiento de las técnicas específicas de las ciencias sociales, fueron promovidos para los cargos más influyentes de los departamentos de historia de las universidades –hoy sucede lo mismo con los “historiadores culturales”, que están formados a su vez por las técnicas específicas de las ciencias humanísticas, como la antropología y la crítica literaria.

El apogeo de la historia social representó un cambio en los temas, en los métodos y en el estilo intelectual. Los historiadores privilegiaron a los agentes más oscuros de la sociedad –siervos, trabajadores, criminales, mujeres, esclavos, campesinos, proletarios, niños– en detrimento de los antiguos protagonistas –líderes políticos y grandes pensadores. Esta tendencia historiográfica confirmaba la tesis de que la historia como disciplina siempre actúa coordinadamente con la historia como vivencia. El interés en millones de gentes corrientes, ausente hasta entonces de los libros de historia, estaba claramente en consonancia con las tendencias populistas del activismo político de los sesenta. El radicalismo de los sesenta, especialmente en su dimensión más “contracultural”, acogió con entusiasmo las nuevas tendencias historiográficas, porque confirmaban su rechazo al corporativismo y elitismo de los políticos y del poder constituido. El enorme apogeo del materialismo historiográfico tan característico de aquellos años puede tener su raíz en haber sido capaz de aportar una ideología sólida y coherente –el marxismo– a estas corrientes experienciales. Todo ello se unía a las nuevas experimentaciones: la música psicodélica, el jugueteo con las drogas, la liberación sexual, los vestidos extravagantes o la importación de las prácticas de meditación orientales, que contrastaban con el estilo de vida monótono, la moralidad reprimida, la burocracia y el verticalismo predominantes hasta ese momento.

Consecuentemente, muchas de las fuentes consideradas hasta entonces como residuales devinieron centrales para las nuevas tendencias: testamentos, inventarios, capítulos matrimoniales, registros de nacimientos y fallecimientos, documentos judiciales. Las nuevas formas de documentación eran además susceptibles de ser tratadas estadísticamente, de manera exhaustiva y sistemática. Método cuantitativo e historia social quedaron desde entonces ligados como tendencias dominantes en la historiografía de los cincuenta y sesenta. Los historiadores tomaron prestadas de las ciencias sociales los métodos cuantitativos, por lo que, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad,

fueron las ciencias sociales las que invadieron el campo de las humanidades. La sociología, la economía, la ciencia política, la demografía y la geografía ganaron en interés y credibilidad entre los historiadores. La historia social estaba necesariamente dominada, en fin, por un enfoque positivista y objetivista, aquel que, como había sugerido Ginzburg, adoptaba la seguridad de un criterio científico firme en detrimento de unos resultados convincentes desde el punto de vista humano. Incluso cuando, un poco más adelante, la historia social amplió su radio de acción temática, se generaron nuevos subgéneros que tenían a lo “social”, lo colectivo, lo estadísticamente verificable, como primordial: “la historia social de las ideas” o “la historia social del lenguaje”. Si se me permite la anotación autobiográfica, mi propia tesis doctoral fue definida como “historia social de las mentalidades” en algunas de las reseñas que aparecieron después de su publicación, ya en los años noventa²⁵.

Durante los años sesenta, que coincidieron con los de la realización de su tesis, Sewell se comprometió, como tantos otros académicos de su generación, con los movimientos políticos y culturales característicos de aquel momento: la reivindicación de los derechos civiles, la reacción contra la guerra de Vietnam, las revueltas universitarias –en su caso, el movimiento de la libertad de expresión en Berkeley– y, en general, las posturas contraculturales. Sin embargo, todos esos compromisos sociales y políticos cesaron a partir de los setenta, como resultado del declive de algunos de esos movimientos –excepto el feminismo, en el que obviamente él no podía participar directamente– y también como consecuencia del incremento de sus responsabilidades familiares y de las aspiraciones específicamente académicas. Como muchos otros de sus colegas, la interrupción de su activismo político fue compatible con el mantenimiento de una postura ideológica “de izquierdas”, lo cual fue también muy común a muchos otros historiadores norteamericanos, que todavía hoy siguen siendo considerados mayoritariamente “liberales” o de “izquierdas” –lo que propició que muchos de ellos fueran estigmatizados como “radicales” durante las presidencias de Reagan y Bush Sr²⁶.

A principios de los setenta, una mayor dedicación a las tareas propiamente académicas, llevaron a Sewell a una reacción frente a las metodologías practicadas por él mismo anteriormente. Una vez más se demuestra que experiencias personales e itinerarios académicos están intrínsecamente unidos.

²⁵ AURELL, J., *Els mercaders catalans al Quatre-Cents. Mutació de valors i procés d'aristocratització a Barcelona*, Lérida, Pagés, 1996.

²⁶ KIMBAL, R., *Tenured Radicals: How Politics Has Corrupted Our Higher Education*, New York, Harper and Row, 1990.

Desde tiempo atrás, se había dado cuenta de la incoherencia que suponía para un “humanista” la aceptación acrítica de los métodos científicos que se habían importado de las ciencias sociales. La lectura del libro de Edward Thompson, *The Making of the English Working Class* (1963) había supuesto un primer aviso para los “cuantitativistas”, puesto que el maestro británico desconfiaba de ellos para su lectura histórica y su marxismo era considerado más “cultural” que “socioeconómico”. Sewell empezó a sentirse frustrado con los límites de “la historia cuantitativa positivista” y con los “modelos de trabajo” implícitos en el determinismo materialista. Aunque la metodología cuantitativa le había posibilitado la comprensión de las restricciones estructurales y las fuerzas sociales que determinan la vida de las personas, no ofrecía demasiadas pistas para entender cómo esa gente se enfrentaba a esas limitaciones –cosa que está en el núcleo de la historia. El objetivismo del “empirismo abstracto”, según la expresión de Wright Mills en su *Sociological Imagination* (1959), había ahogado las cuestiones más interesantes acerca del pasado, como la *agency*, la cultura, o la textualidad de la experiencia, todos ellos aspectos que tanto habían preocupado a E. P. Thompson. En definitiva, Sewell realizó el mismo itinerario que acometieron por aquellos años ochenta algunas colegas suyos como Louise Tilly, Joan Scott, Lynn Hunt y Natalie Davis, todas ellas comprometidas con la historia cultural, pero que habían iniciado sus carreras bajo el paradigma social-cuantitativo.

Su orientación historiográfica cambió radicalmente. Al final de ese decenio publicó el libro con el que ganó una reputación internacional como uno de los primeros historiadores que cruzó el Rubicón del giro lingüístico: *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848* (1980)²⁷. Se trataba de una monografía dedicada al análisis de las formas lingüísticas y discursivas de la retórica revolucionaria en la Francia decimonónica, utilizando lógicamente paradigmas importados de la antropología y la lingüística. Sus artículos de los ochenta confirman su distanciamiento respetuoso con la tradición materialista y cuantitativa en la que se había formado como historiador. Fascinado al principio con las obras de líderes intergeneracionales como Thompson y Hobsbawm, Sewell se mostraba ahora algo crítico con su tendencia a reificar excesivamente la historia social²⁸. Ya durante los noventa, Sewell apostó decididamente por los cánones de la ya

²⁷ SEWELL JR., W. H., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

²⁸ SEWELL JR., W. H., «How Classes Are Made: Critical Reflections on E.P. Thompson's Theory of Working-Class Formation», en KAYE, H. J. y MCCLELLAND, K. (eds.), *E.P. Thompson: Critical Perspectives*, Cambridge, Polity Press, 1990, pp. 50-77.

hegemónica historia cultural, que él había ejercitado a través de su análisis de los discursos revolucionarios²⁹.

Un hito fundamental para la implantación de la historia cultural, y de su propia “conversión” fue, según Sewell, la divulgación de la antropología simbólica (symbolic anthropology), postulada por Geertz en su influyente ensayo *La interpretación de las culturas*³⁰. Esta obra, publicada significativamente el mismo año de la aparición de la *Metahistoria* de Hayden White, contribuyó al acercamiento de la historia con la antropología, y su subsiguiente distanciamiento con la economía y la estadística. Si los paradigmas de posguerra defendían que las estructuras sociales tenían analíticamente prioridad sobre las acciones sociales, la antropología cultural implicaba que el mundo social estaba constituido principalmente por las prácticas de sus actores y agentes. Los historiadores pasaron de “científicos” que analizaban datos empíricos a “intérpretes” que trataban de comprender los procesos culturales. Las estructuras sociales y económicas pasaron, a su vez, de ser consideradas los “esqueletos” de la sociedad a “productos” generados por las acciones humanas.

Sewell se enriqueció de las aportaciones antropológicas de Bernard Cohn, Ronald Inden y David Schneider, todos ellos colegas suyos en Chicago, pero todos los historiadores de los años setenta que se situaron en la arista cortante de la innovación podrían aportar otros nombres. Su “giro antropológico” se consolidó con una estancia en el prestigioso Institute for Advanced Studies in Princeton, donde coincidió de un modo u otro con Clifford Geertz, Victor Turner, Hilderd Geertz y James Fernández, y con los historiadores Robert Darnton –uno de los pioneros de la historia narrativa– y Thomas Kuhn, célebre historiador de la ciencia que postuló la teoría de los paradigmas en las revoluciones científicas. La historia y la antropología convergían en la convicción de que la cultura es el ámbito privilegiado de lo “humano” y, por tanto, de lo específicamente histórico.

Finalmente, Sewell reconoce también que, si él mismo encontró el camino de la historia cultural a través de la antropología, muchos otros lo hicieron a través de los estudios literarios. Éstos habían sufrido también una profunda transformación en los años setenta, asumiendo los postulados post-

²⁹ SEWELL JR., W. H., «Language and Practice in Cultural History: Backing Away from the Edge of the Cliff», *French Historical Studies*, 1998, 21, pp. 241-254. Ver también su importante artículo, SEWELL, W. H. «The Concept(s) of Culture», en BONELL, V. E. y LYNN HUNT, L. (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 35-53.

³⁰ GEERTZ, C., *The Interpretation of Culture*, Nueva York, Basic Books, 1973.

estructuralistas asociados a los nombres de Derrida, Lacan y Foucault, recogiendo también la estela estructuralista de un Northrop Frye o la hermenéutica de Michael de Certeau y Paul Ricoeur. Entre los ejemplos de esta segunda vía destacan Lynn Hunt (*Politics, Culture and Class*, 1984), Joan Scott (*Gender and Politics of History*, 1988) o Gabrielle Spiegel (*Romancing the Past*, 1993). En definitiva, los historiadores sociales se convirtieron en historiadores culturales a través de la antropología y la crítica literaria, lo que explica que estas dos disciplinas se hayan asociado a la historia en estos últimos años, quedando la sociología y, por supuesto, la economía, algo más alejadas de su órbita. A causa de la preferencia de los historiadores culturales por las fuentes ricas simbólicamente, lo “textual” tomó la iniciativa respecto a lo “social”, desplazando así a los grupos marginales como tema preferencial y privilegiando lo individual por encima de lo colectivo. El cambio temático y la mutación de las fuentes se complementó además por la tendencia del postestructuralismo a dudar de la posibilidad de conseguir un conocimiento objetivo del pasado. Esto ha privilegiado las fuentes narrativas (como los procesos judiciales tan brillantemente utilizados por Davis en *El Retorno de Martin Guerre*, por Ginzburg en *El Queso y los Gusanos*, o los textos históricos, sugerentemente intepreptados por Spiegel en *El Pasado como Texto*) sobre las susceptibles de ser tratadas estadísticamente, como la documentación notarial, fiscal o económica.

Sin embargo, concluye Sewell, hay actualmente un cierto sentimiento entre los historiadores de que lo “social” debe recuperarse, por lo que titula su último epígrafe “Toward a Reconstitution of the Social”. Esta recuperación o reconstitución de la historia social no se postula en sus formas más radicales de la época de los paradigmas –con su objetivismo acrítico, cuantitativismo excluyente, determinismo económico y ceguera interpretativa– sino más bien reinventado. Este es el movimiento que ha sido magníficamente diagnosticado por el historiador español Miguel Angel Cabrera, y puesto de manifiesto por una de las últimas obras colectivas de corte teórico, editada de nuevo por Lynn Hunt junto a Victoria Bonnell: *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture* (1999)³¹. Bonnell y Hunt postulan en su introducción que todos los historiadores representados en esa obra han sido profundamente influidos por el giro lingüístico, pero rechazan aceptar la desaparición de “lo social”, enfrentándose así a las formas más radicales del culturalismo o del postestructuralismo. El significado de “lo social” puede ser

³¹ CABRERA, M. A., «Linguistic Approach or Return to Subjectivism? In Search of an Alternative to Social History», *Social History*, 1999, vol. 24, pp. 74-89 y CABRERA, M. A., *Postsocial History: An Introduction*, Lanham, Md., Lexington Books, 2004.

cuestionado, pero la vida sin él se ha constatado que es imposible.³² Quizás la fórmula de la “lógica social del texto”, defendida por Spiegel, sea una de las manifestaciones más claras de esta nueva tendencia hacia una tercera vía.

3. ITINERARIOS TRANSACCIONALES: GABRIELLE SPIEGEL Y LA TEORÍA DEL “MIDDLE GROUND”

Desde la atalaya de los años noventa, los historiadores han percibido claramente que las transformaciones sufridas por la historiografía no han sido una simple moda, como había preconizado Hobsbawm en su autobiografía, sino algo muy profundo que estaba sacudiendo los fundamentos de su disciplina, los creados por sus mismos fundadores³³. Además de la ruptura con la tradición, los historiadores tradicionales denunciaron la puesta en tela de juicio que los postmodernos habían realizado sobre la posibilidad de la objetividad histórica y del acceso al pasado. Ahí los historiadores se mostraron más cautos, algunos de ellos totalmente reacios. Entre 1991 y 1992 se generó un intenso debate en la revista *Past and Present*, abanderada tradicionalmente de la historia científica de vía marxista, referente a la accesibilidad del conocimiento histórico, en el que participaron historiadores de la talla de Lawrence Stone, Patrick Joyce y Gabrielle Spiegel. Stone, en su acostumbrada línea ponderada pero firmemente recelosa frente a los modernos experimentos postmodernos, advirtió de los peligros de la aplicación de los postulados más radicales de la filosofía del lenguaje, tal como fueron desarrollados por el deconstruccionismo de Jacques Derrida o la antropología cultural y simbólica de Geertz³⁴.

Spiegel ha sido probablemente la historiadora que con más ahínco ha defendido la necesidad de moderar los alcances de la revolución postmoderna, pero sin abjurar de ella. Junto con otras medievalistas como Nancy Partner y modernistas como Natalie Davis y Lynn Hunt, ha aportado la alternativa de una “tercera vía”, una vía intermedia entre los paradigmas de posguerra y los

³² BONELL, V. E. y LYNN HUNT, L. (eds.), *Beyond the Cultural Turn*, p. 11.

³³ Viene luego su diatriba contra las nuevas tendencias, como “la moda del postmodernismo”, que ha apostado por la subjetividad frente a la objetividad pero que “afortunadamente, había hecho sólo incursiones marginales en el campo de los estudios históricos *serios* en el comienzo del nuevo siglo” (HOBSBAWM, E., *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 271).

³⁴ STONE, L., «History and Postmodernism», *Past and Present*, 1991, vol. 131, pp. 217-218.

postulados más radicales del giro lingüístico de los setenta³⁵. Para Spiegel, el postestructuralismo había tenido la virtud de llamar la atención sobre la relación entre palabras y cosas, entre lenguaje y realidad extralingüística, pero al mismo tiempo no representaba una alternativa real como corriente historiográfica. La vida mental se desarrolla en el lenguaje y no existe ningún metalenguaje que permita observar una realidad desde el exterior. Pero si los textos sólo reflejaran textos, sin hacer referencia a una realidad, entonces el pasado se disolvería en simple literatura, algo negado por la misma evidencia. La clave estaría, pues, en la experimentación de que todo texto nace en un contexto real. Todo ello le llevaba a concluir, en un interesante silogismo de ida y vuelta, que el lenguaje por sí mismo sólo alcanza significado y autoridad dentro de unos entornos históricos y sociales específicos. Así como las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales forman el lenguaje. El papel del lenguaje consistiría, pues, en mediar entre el texto y la realidad.

Spiegel publica un suculento ensayo autobiográfico en la obra colectiva *Why France?*³⁶. Su primera afirmación, difícilmente traducible, muestra su convicción de la interacción constante que se produce entre la actividad investigadora de los historiadores y sus más personales convicciones y obsesiones: “It is my profound conviction that what we do as historians is to write, in highly displaced, usually unconscious, but nonetheless determined ways, our inner, personal obsessions”³⁷. Su itinerario vital e intelectual demuestra lo profundo y acertado de su razonamiento, ya que si abrazó en un primer momento el postmodernismo fue precisamente por la obsesión de recuperar un pasado –el del mundo perdido tras la dramática emigración de su familia de Bélgica a los Estados Unidos con los nazis pisándoles los talones– que era ya irrecuperable. Es esta, en efecto, una idea muy postmoderna: el reconocimiento de la evidencia de la existencia del pasado (de un pasado que forma parte indeleble de la propia identidad personal) junto a la convicción de la imposibilidad de recuperarlo experiencialmente.

Aunque ella ya había nacido en los Estados Unidos, su padre era belga y su madre vienesa. Sus padres, que habían llegado a América en 1938, siempre

³⁵ Las dos obras teóricas más representativas de esta tercera vía son, quizás, APPLEBY, J., HUNT, L. Y JACOB, M., *Telling the Truth About History*, Nueva York, Norton, 1994 y SPIEGEL, G. M. (ed.), *Practicing History: New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Nueva York, Routledge, 2005.

³⁶ El de Spiegel es, desde el punto de vista de la historia intelectual e historiográfica, el más interesante, junto a HUNT, L., «Fantasy Meets Reality: A Midwesterner Goes to Paris», en *Why France*, pp. 61-72.

³⁷ SPIEGEL, G. M., «France for Belgium», en *Why France?*, p. 89.

tuvieron la esperanza de regresar a su ciudad de origen, Amberes, una vez finalizada la guerra, por lo que no les interesaba para nada que sus cuatro hijos aprendieran inglés. La infancia de Spiegel fue así predominantemente francófona y, debido a las amistades de la madre, germanófona. Cuando en la conversación familiar se filtraba el inglés por la creciente tendencia natural de los hijos hacia ese idioma, los padres cambiaban al alemán, porque la madre se sentía más comfortable con ese idioma y el padre accedía sin excesivos problemas, ya que dominaba once idiomas, el malayo entre ellos. Pero, con el paso del tiempo, el francés se fue abandonando progresivamente en la familia, y lo mismo sucedió con el alemán, atendiendo al curso que estaban tomando los acontecimientos en Europa. Además, tras la guerra, habían desaparecido dramáticamente todas las amistades alemanas y austríacas de la familia, por lo que el inglés se había impuesto de hecho en la familia, pero siempre por razones negativas. Al acabar la guerra, ya nadie habló de volver a Amberes y los Spiegel devinieron americanos, “para bien o para mal”.

Esta dramática historia dejó en la medievalista norteamericana un sabor agrio de la “memoria perdida” de todo lo francés, especialmente de todo lo relacionado con el país de origen de la familia, Bélgica. Y, al mismo tiempo, experimentó un profundo sentido de marginalidad en relación a los mundos que habitaban, sobre todo a causa de los devaneos lingüísticos por los que había pasado la familia. Tanto en la familia como en la escuela, su desencaje idiomático era notorio. Ahí es donde saca la primera conclusión de su apasionante ejercicio de ego-historia: la enorme trascendencia del lenguaje en la dimensión social y cultural de la existencia. Ella sufrió su “giro lingüístico” no en la teoría sino en la práctica. El perdurable sentido de no-pertenencia, de intensa marginalidad y de disconformidad lingüística, es lo que incentivó inconscientemente en Spiegel –y en otros historiadores emigrados a América de su generación, como ella interesantemente apunta en su texto– a la búsqueda de nuevos modos de expresión histórica. Ella sostiene que el primer frente del postmodernismo fue en buena medida causado por el sentido de pérdida –de historia, de lenguaje, de patria, de identidad– de una entera generación de historiadores europeos y norteamericanos. El mito de la continuidad y progreso de la modernidad se había perdido en la práctica, lo que propiciaba la entrada de la postmodernidad. Su generación oscilaba entre el vehemente deseo de la recuperación del pasado y la dolorosa conciencia de su irreparable pérdida. Por este motivo, su anhelo por la historia tenía un componente elegíaco, el mismo

que se experimenta por la por la muerte de algo querido que ya forma parte el pasado³⁸.

Toda esta actitud se concretó en una tensión entre la conciencia de un pasado irrecuperable y la función de la historia como albergue nostálgico de su presencia. Esta presencia se reconoce simultáneamente como algo ausente y nostálgico, como un inalcanzable objeto del deseo. Spiegel resume en una corta frase lo que es uno de los enunciados más lúcidos del postmodernismo que he podido encontrar: “the desire to recuperate the past and the recognition of the impossibility of doing so”. Esta fórmula recoge como ninguna otra la misma contradicción en que se halló el postmodernismo en sus primeros tiempos: por un lado, el doloroso deseo de recuperar un pasado perdido, por otro, el angustioso reconocimiento de la imposibilidad de recuperarlo de hecho, que se convierte también en una frustración intelectual, que se proyecta a su vez en las propias convicciones epistemológicas³⁹.

Esta “conciencia de postmodernidad”, aclara Spiegel, no era algo reflexivamente asumido por su generación, sino por el momento simplemente algo sufrido pasivamente, y quizás bastante inconscientemente. Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar cuando un grupo de medievalistas que estaban, como ella, interesados por la historiografía medieval –Nancy Partner, Robert Hanning, Robert Stein– afrontaron la lectura de los textos históricos medievales centrados en su carácter específicamente literario⁴⁰. Para ello, se basaron en buena medida en el libro que había publicado por aquel entonces Hayden White, *Metahistoria* (1973), en el que aplicaba las teorías de la crítica literaria al análisis de los textos históricos decimonónicos. Se inspiraron también en las

³⁸ “Our desire for history has an elegiac component, by which it becomes a kind of mourning for the unpossessed dead that is the past” (SPIEGEL, G. M., “France for Belgium”, p. 92).

³⁹ “El deseo de recuperar el pasado y el reconocimiento de la imposibilidad de hacerlo”. Esta frase estaba en el borrador que la autora me pasó antes de que fuera publicado en el volumen *Why France?*, pero finalmente, por razones que todavía desconozco, no apareció en la versión final. Agradezco a la autora su amabilidad por concederme una entrevista en la que me aclaró muchos de los implícitos que aparecen en su lacónico y sugerente texto. Creo que en su actitud, como la de otros muchos historiadores, pesa mucho la lógica reserva y ponderación de los académicos a contar las circunstancias que han rodeado su vida y, en general, su itinerario intelectual.

⁴⁰ Quizás los dos frutos más sustanciosos de ese momento fueron los de PARTNER, N., *Serious Entertainments: The writing of History in Twelfth-century England*, Chicago, University of Chicago Press, 1977 y el propio de SPIEGEL, G. M., *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, The Johns Hopkins University Press, 1997, que contiene algunos de los artículos que la historiadora norteamericana publicó por aquellos años.

nuevas tendencias del postestructuralismo, provenientes tanto del campo antropológico como literario. Esas ideas surgían del mundo francés –Lévi-Strauss, Barthes, Derrida– y eran rápidamente exportadas al mundo académico norteamericano, muy ávido de novedades intelectuales por aquel entonces.

Fue así como algunos medievalistas –a los que habría que añadir la nómina de algunos altomodernistas como Davis, Ginzburg o Schama– abrazaron las técnicas de interpretación importadas de la crítica literaria, agrupadas bajo la genérica acepción del “giro lingüístico”. Este concepto era el sello distintivo de una creciente conciencia de que la percepción, la cognición y la imaginación están siempre mediadas por estructuras lingüísticas, proyectadas en forma de discursos de un modo u otro⁴¹. Spiegel aplicó estas teorías en su segunda monografía, sobre la emergencia de la historiografía en lengua vernacular en la Francia del siglo XIII: *Romancing the Past*⁴². Esta obra, como ella misma reconoce, está basada en las teorías postestructuralistas del lenguaje y la textualidad, jugando siempre con la doble dimensión de los textos históricos: la *contextual*, gobernada por la realidad material y social en la que se articulan las narraciones históricas, y la propiamente *textual*, condicionada por la estructura, constitución y expresión lingüística. Spiegel asocia la construcción de esta obra a una segunda conciencia personal de “pérdida”, con la salida de casa de sus hijos para estudiar en la universidad. Además, significativamente, la historiadora norteamericana se centra en la reacción anti-francesa por parte de la nobleza franco-flamenca a principios del siglo XIII, temerosos de perder su autonomía ante el empuje centralizador de la monarquía francesa. Temas de estudio y experiencias personales volvían a converger, atendiendo al origen belga de la medievalista norteamericana. En un momento de cambio de status, la aristocracia flamenca forjó un nuevo lenguaje –la prosa histórica– en orden a “desproblematizar” la cultura nobiliaria en un período de ansiedad, en el que la aristocracia veía perder su prestigio ante el aumento de la autoridad monárquica.

En definitiva, un cambio en las estructuras lingüísticas reflejó una transformación en las estructuras sociales. Lo que Spiegel está continuamente cuestionando es si el lenguaje sólo *reflejó* la realidad de un contexto social cambiante o también *influyó* o *reactivó* las transformaciones sociales. Del peso que se dé a cada uno de los términos de esta ecuación depende una visión más

⁴¹ Una buena síntesis de la proyección historiográfica del giro lingüístico en HARRIS, R., *The Linguistics of History*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2004. Ver también AURELL, J., «Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente», *Rilce*, 2004, vol. 20, pp. 3-20.

⁴² SPIEGEL, G. M., *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*, Berkeley, University of California Press, 1993.

tradicional de la historia –el texto condicionado por el contexto– o el reconocimiento de las tendencias postmodernas y asociadas al giro lingüístico – la prioridad del lenguaje sobre la sociedad. Spiegel está continuamente transitando en su estima por la tradición –personificada en especialistas de la Francia capeta como John Baldwin, Thomas Bisson, Carl Stephenson, Charles Wood o Elizabeht Brown, o historiógrafos como Bernard Guenée, Robert Bautier o Orest Ranum– y su apuesta por la postmodernidad. En esta dirección afirma que le cautivaron especialmente la *Metahistoria* de White y las tres principales obras de Derrida –*Of Grammatology*, *Writing and Difference*, y *Dissemination*. Aunque nunca adoptó radicalmente la noción de “textualidad” de Derrida, se convenció de que las positivistas nociones de referencialidad y verdad empírica, que habían constituido el paradigma dominante de la historiografía científica u objetiva desde el historicismo decimonónico, eran ya insostenibles en la actualidad. Ni podía aceptar la evaporación del pasado, implícita en el concepto postestructuralista y postmodernista de “textualidad”, ni le satisfacía la excesiva ingenuidad de la plenitud de su presencia, postulada por positivismos e historicismos – la quimera logocéntrica, que es precisamente la que el deconstruccionismo trataba de destronar.

Spiegel se encontró entonces defendiendo denodadamente una “tercera vía”, que es la que ella considera su “middle ground” y fue objeto de uno de sus artículos más reconocidos y admirados, publicado en *Speculum* en 1990⁴³. Allí creó la expresión “la lógica social del texto” (“social logic of the text”), que surgió por su obsesión por hacer compatible su conciencia de la ausencia del pasado con la necesidad de su recuperación. En esta fórmula se halla representado el contexto (*social*) y el texto (*logic*) o, expresado con una dicotomía muy utilizada por ella misma, el contenido y la forma. De este modo, una misma forma acoge la dimensión pasiva y activa del lenguaje: el lenguaje como imagen estática del contexto pero también como agente de su realización. Todo texto está articulado en un contexto, ocupa un espacio social, fruto de un mundo específico y particular; pero también está constituido por un *logos*, que es un artefacto literario que demanda un análisis (formal) literario. De modo que el buen historiógrafo no se puede contentar sólo con aplicar las metodologías específicas de la historia –relacionadas sobre todo con lo contextual, lo social, la distinción entre realidad y ficción– sino también las propias de la crítica literaria. Surge así natural una de las consecuencias más beneficiosas de las nuevas tendencias, la acuciante necesidad del diálogo interdisciplinar. Implícita

⁴³ SPIEGEL, G. M., «History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages», *Speculum*, 1990, vol. 65, pp. 59-86.

en la noción de la “historia social del lenguaje” está la convicción de que somos capaces de recuperar buena parte del mundo material del pasado, mientras reconocemos al mismo tiempo la enorme intervención mediadora y función performativa del lenguaje a la hora de conocer y reconstruir el pasado.

Spiegel se muestra aquí como una figura historiográfica transaccional o intergeneracional, porque acepta con entusiasmo las nuevas tendencias, pero sin dejarse deslumbrar del todo por su atractiva radicalidad. Ella trata de negociar la tensión entre una comprensión puramente lingüística de la naturaleza del conocimiento (giro lingüístico) y la escritura histórica de tipo referencial (giro cultural). La necesidad de alcanzar este punto medio la ha llevado recientemente a la edición de una obra colectiva en la que han participado algunos de los historiadores de su generación que han tenido la misma preocupación⁴⁴. Entre los autores se hallan, significativamente, algunos de los historiadores, antropólogos y sociólogos identificados con la construcción de esta nueva tercera vía historiográfica: Geoff Eley, William Sewell, Jr., Gareth Stedman Jones, Marshall Sahlins, Anthony Giddens, Pierre Bourdieu, Joan Scott y Michel de Certeau, entre otros. Todos ellos están convencidos de que la confianza en “los grandes relatos” y una explicación holística y cerrada del pasado ha desaparecido. La historia se ha fragmentado y fracturado con la entrada de las tendencias postmodernas. Sin embargo, las esperanzas para ellos no son menores que los temores, porque las nuevas tendencias les han permitido abandonar una visión demasiado ingenua del pasado y de su disciplina, llevándoles a descubrir nuevos campos y metodologías. Si han abandonado la seguridad de las certezas positivistas a favor de las perplejidades postmodernas, no parecen demasiado arrepentidos, y luchan por conseguir nuevas vías de conocimiento histórico, sobre todo a través de las terceras vías que les ha proporcionado la nueva historia cultural.

4. ROBERT ROSENSTONE Y LAS PARADOJAS DEL POSTMODERNISMO

Uno de los historiadores más paradigmáticos de la cesura postmoderna es el norteamericano Robert Rosenstone. Hay un texto especialmente significativo de su auto-percepción como historiador postmoderno. Se trata de un artículo publicado el año 2004 en la sección “Invitation to Historians” de la revista *Rethinking History*, que lleva el significativo título de «Confessions of a

⁴⁴ SPIEGEL, G. M., ed., *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Londres, Routledge, 2005.

Postmodern (?) Historian» –el interrogante, puesto por el mismo autor, no es obviamente neutral⁴⁵. El texto está lleno de paradojas (“nunca quise ser un historiador”, se lee en el mismo abstract), a través de las que se refleja la identidad de un historiador nada típico, situado siempre en la periferia de los convencionalismos académicos al uso. Rosenstone se aparta de la carrera de los historiadores que han tenido una carrera rectilínea, como los que aparecen en los *Ensayos de Ego-historia* de Pierre Nora, quienes parece que han sido destinados a entregarse a la actividad historiográfica desde su más tierna infancia. Quizás por este motivo manejó desde el principio textos históricos y literarios sin matizar demasiado las características peculiares de cada una de ellas.

Rosenstone engarza en su texto con naturalidad la convicción de la importancia de nuestro pasado junto a la imposibilidad de recuperarlo tal como fue. Parte de la convicción de que todas las historias –también la historia de la propia vida, contada por uno mismo– son consecuencia del entrecruzamiento de muchas voces, que le llegan a uno en primera, segunda y tercera persona. Cuando se intenta dar una coherencia a todas ellas, para construir un discurso narrativo, dejan de tener coherencia y pierden su expresividad. La historia, finalmente, es el trabajo siempre insatisfactorio e inacabado de unir todas esas historias para construir una *nueva* historia. Para recuperar el pasado –como biógrafos, autobiógrafos, memorialistas o historiadores– es preciso trasladar las improntas del pasado al lenguaje y a los géneros literarios, que necesariamente alteran y fragmentan la realidad del pasado, privilegiando algunos momentos y suprimiendo otros. Todos intentamos recuperar un mundo perdido a través de palabras, imágenes o sonidos, pero la vida que les conferimos no sería reconocible en sus orígenes. Todo esto nos recuerda mucho al gesto nostálgico-postmoderno de Spiegel, pero Rosenstone va más allá, llevando sus argumentos hasta las últimas consecuencias. En su autobiografía familiar, cree honestamente que ni él mismo es capaz de contar una historia “autorizada” de su vida misma, de ahí que la subtitle como “casi” (“mostly”) verdadera⁴⁶.

Rosenstone es un reputado historiador, especialista en el cine como medio y lenguaje de representación histórica, que quiso ser novelista y, al no poder serlo, tuvo que ejercer de periodista durante años en el periódico *Los Angeles Times*. No es, desde luego, el mejor modo de empezar una carrera “académica”, y cualquier historiador-erudito de pasadas generaciones pondría el grito en el

⁴⁵ ROSENSTONE, R. A., «Confessions of a Postmodern (?) Historian», *Rethinking History*, 2004, Vol. 8, pp. 149-166.

⁴⁶ ROSENSTONE, R. A., *The Man Who Swam into History*, pp. x-xiii.

cielo al enterarse de que una persona así haya llegado a la cima de la academia. El ritmo frenético de la redacción del periódico, la precipitación causada ante la necesidad de la escritura vertiginosa y la presión del jefe de redacción le llevaron a replantearse su vocación profesional. Una vez en la academia, su pasión no fue la historia, sino la literatura. Y, en un silogismo muy propio de los historiadores postmodernos, apunta: “para mí, la literatura era historia, y la historia literatura”⁴⁷. Esto no significa que Rosenstone postule una borrosidad entre las fronteras de la realidad y la ficción, sino más bien la necesidad que tiene la narración histórica de hacer presente el pasado, de hacer revivir el pasado en el presente a través del lenguaje narrativo. Y, al mismo tiempo, esta negociación flexible entre ficción y realidad alerta al historiador a no dejarse llevar por una confianza en el objetivismo excesivamente ingenuo. Por todo ello, la historia debe aprender de las técnicas de la narración literaria y los historiadores deben estar atentos a la evolución de las metodologías de la disciplina vecina de la crítica literaria.

En este sentido, se comprende que el rechazo de Rosenstone frente a las densas monografías del modelo socio-demográfico francés de la escuela de los Annales. Su lenguaje científico-histórico y jergal debe ser transformado, según los postmodernos, en un lenguaje narrativo, discursivo y comprensivo, aunque para ello se corra el riesgo de asimilarse tanto al lenguaje literario que la historia se confunda de hecho con la literatura. Sin embargo, esto no debería ser un problema, siempre que la narración histórica conserve su referencialidad, algo relacionado con el *contenido*, por lo que no importa que la *forma* pase a ser más literaria que propiamente científica. El mismo itinerario de Rosenstone demuestra que los historiadores postmodernos, acuciados por su pasión de importar de la literatura la técnica narrativa, eligen también temas históricos que puedan ser más fácilmente “novelados”: los héroes americanos que lucharon en la guerra civil española (*Crusade of the Left: The Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*, 1969); la biografía de un americano revolucionario en Rusia (*Romantic Revolutionary. A Biography of John Reed*, 1975); la participación en la elaboración de la película *Reds*, que utilizó esta biografía como guión e introdujo a Rosenstone en el mundo del lenguaje cinematográfico como representación de la realidad; y, por fin, la cultura del Japón vista a los ojos de los viajeros occidentales (*Mirror in the Shrine*, 1988), libro que supuso su entrada en el canon de los “postmodernos”, por su sutil negociación con la

⁴⁷ ROSENSTONE, R. A., «Confessions of a Postmodern», p. 151.

forma literaria y el contenido histórico, y la interacción entre autobiografía del historiador-sujeto y la biografía del personaje-objeto⁴⁸.

La identificación con los héroes desconocidos, medio históricos-medio legendarios, le llevó a elegir una tesis doctoral sobre el Batallón Lincoln, que luchó en la guerra civil española en el bando Republicano, compuesto por jóvenes idealistas y revolucionarios. En 1958, realizó un viaje iniciático por España, durante el que se verificó su viraje de la literatura a la historia. Su admiración por los héroes de la realidad provenía de las cualidades de sus héroes de ficción: gente perseverante en sus objetivos, capaces de superar todos los obstáculos, debilidades, dudas, traiciones, errores y culpas. Mientras se identificaba con los radicales norteamericanos que dieron su vida por la libertad en la España de la guerra civil, Rosenstone era testimonio de los movimientos favorables a la libertad de expresión en el Berkeley de los primeros sesenta: “for the next few years, I tried to make history as well as write it”⁴⁹. En un gesto típico de los historiadores postmodernos, Rosenstone no sólo escribía historia sino que la experimentaba. Por esto su siguiente elección temática fue escribir la biografía del poeta, periodista y revolucionario norteamericano John Reed. Su tendencia por los héroes históricos “radicales” se avenía a su postura de convivencia con los movimientos de liberación de los años sesenta. La atrevida elección de una biografía histórica, género todavía considerado algo espurio por los “historiadores sociales”, tuvo paradójicamente su recompensa, porque su libro sobre Reed no sólo fue bien acogido por los historiadores, sino que dio pie además a un guión de una película renombrada.

Rosenstone reconoce que su coqueteo con la postmodernidad no fue fruto de un conocimiento previo de sus postulados, sino más bien de la conciencia de las limitaciones de la tradicional narración histórica, que no le permitían expresar la experiencia histórica de sus personajes en toda su intensidad. Rosenstone ya había leído el *Metahistoria* de White, diez años antes de escribir su *Mirror in the Shrine*, pero le había parecido aburridísimo – “quién necesita esto?”, se preguntó por aquel entonces. Si lo leyó, fue porque White había sido propuesto para un puesto académico, y Rosenstone tenía que juzgar su trabajo porque formaba parte del comité de selección. Sin embargo, con el tiempo, y sobre todo ante la necesidad de la escritura de su libro sobre el Japón, empezó a aproximarse a las obras de teóricos de la postmodernidad como White y Ankersmit. Ahora les apreciaba sobre todo por su manera de exponer las

⁴⁸ PASSERINI, L., «Transforming Biography: From the Claim to Objectivity to Intersubjective Plurality», *Rethinking History*, 2000, vol. 4, pp. 413-416.

⁴⁹ ROSENSTONE, R. A., «Confessions of a Postmodern», p. 155.

limitaciones de la “verdad” que postulaba la historia tradicional, que a él ya no le satisfacía en su deseo de entregar al lector una historia que realmente fuera algo vivo. Rosenstone abrazó entonces la idea de que la historia narrativa está más próxima a la ficción – con la que coincide en la forma de su escritura – que a la ciencia, con la que no tiene ningún paralelismo formal. Cuando afirma, de hecho, que “Historians constructed the stories of the past rather than found them in the data”, pone énfasis en la noción de que los historiadores *construyen* las historias del pasado más que *recuperarlas*, con lo que resalta la labor creativa del historiador.⁵⁰

Sin embargo, se protegió de las posiciones más extremas de postmodernismo, como la idea de que la historia no es más que ficción, que su referencialidad es irrelevante, que no contiene verdades, o que somos incapaces de leer o acceder al pasado. Su argumento frente a esas posturas más radicales es que ellas ignoran que una de las actividades humanas más básicas, que está por encima de las culturas y de los tiempos, es la tendencia a contar historias acerca del pasado. El modo de contar las historias es crucial para definir un pueblo y su cultura. Estas historias están incrustadas en las culturas de los pueblos, y no pueden por tanto ser negadas, como la realidad del Holocausto, la esclavitud, o el nacimiento de la democracia en algunos países. La reacción explícita de Rosenstone frente a los postulados más radicales del postmodernismo es muy interesante, porque confirma que es realmente difícil encontrar el testimonio de un historiador postmoderno que efectivamente se apoye en ellos para la construcción de sus obras históricas. Yo, al menos, no he encontrado ningún rastro de estos testimonios anti-referencialistas en White, Ankersmit, Jenkins, LaCapra, Spiegel, Davis o Rosenstone, por citar sólo algunos de los más conocidos. Jenkins, quizás el más radical de todos ellos, llega a admitir que los historiadores postmodernos, si se puede generalizar así, son “anti-representacionistas, pero no anti-realistas” (“I/We are not at all anti-realist, but I/We are *all*, I think, anti-representationalist”).

Tengo la sensación de que han sido más bien los críticos de las nuevas tendencias los que les han atribuido unos postulados que no son realmente los suyos, llevados por una natural reserva que todos los académicos tenemos ante las novedades científicas, o también por una distorsión causada por una recepción “de segunda mano” –pocos de los críticos de Derrida, por poner un ejemplo, han leído sus textos originales, y se basan más bien en sus comentaristas. Sucede también que estas críticas surgen de la recepción de las

⁵⁰ ROSENSTONE, R. A., «Confessions of a Postmodern», p. 161.

ideas más radicales de algunos filósofos que han influido sobre los historiadores –Derrida, Deleuze, Foucault– pero en todo caso se trata de “ideas”, que después son los historiadores los que deben verificar si funcionan o no a la hora de escribir la historia. Es evidente que muchas de estas ideas teóricas no han funcionado en la práctica, pero otras han contribuido a una mayor humanización de la historia, porque es evidente que lo humano se ve más favorecido por la textualidad postmoderna que por el cientifismo de los paradigmas. Que Rosenstone subtitule su autobiografía como “The (Mostly) True Story of My Jewish Family” me parece más un ejercicio de honestidad intelectual que de provocación postmoderna: ¿quién puede asegurar que el relato de su autobiografía es del todo cierto, teniendo presente lo selectivo de la memoria?

5. CONCLUSIONES

Los ensayos autobiográficos de Spiegel, Sewell y Rosenstone no son sólo informativos sino también performativos: no sólo comunican eventos que se pueden conocer sino que se trata de textos que comportan hechos y transforman realidades. Sus autores los escriben con el convencimiento de que no sólo proporcionan noticias sobre su itinerario vital e intelectual, sino que aportan nuevas claves para comprender la evolución de la disciplina histórica y, más elocuentemente, contribuyen a generar nuevas transformaciones en los paradigmas que sustentan teóricamente las tendencias historiográficas. Spiegel y Sewell, formados en el paradigma científico y cuantitativo de la posguerra, evolucionaron hacia posturas narrativistas y culturales. Rosenstone abrazó sin demasiadas transiciones el paradigma de la postmodernidad, convencido de que los modos tradicionales de la escritura histórica no le permitían el acceso a lo personal, lo individual, lo emocional.

Una buena fórmula para entender este fenómeno la aporta Sewell, quien apunta que “si la historia social tendía a privilegiar los datos cuantificables como lo único objetivo, la historia cultural, al menos en su modalidad post-estructural, parece negar la posibilidad de acceso a cualquier realidad que esté más allá de las estructuras discursivas presentes en el texto”⁵¹. Lo que la historia cultural postestructuralista niega no es tanto la realidad del pasado, ni siquiera la posibilidad de acceso al pasado, si no más bien la constatación de un hecho tan palmario de que el pasado sólo existe en la actualidad en forma de texto. Lo que verdaderamente han aportado las nuevas tendencias a la

⁵¹ SEWELL, «The Political Unconscious», p. 51.

historiografía es el paso de la seguridad ingenua del “logocentrismo” de los paradigmas a una mayor conciencia de la mediación del lenguaje vía discursos, expresada en la fórmula de la “textualidad”. Esa idea ha liberado a la historiografía de una cerrazón disciplinar que la había llevado al callejón sin salida de la construcción de una “jerga” científica, excesivamente autocomplaciente y excluyente. El lenguaje jergal es quizás eficaz para una disciplina experimental, que debe presentar sus resultados en forma esquemática y numérica, pero es a todas luces insuficiente para una disciplina que no tiene otro modo de presentarse en sociedad que el lenguaje narrativo.

La realidad del pasado –individual, familiar, nacional– no reside en una simple recopilación de datos sino más bien en el conjunto de historias que han llegado hasta nosotros, sea en forma de documentos, sea en forma de relatos orales o escritos, sea en forma de imágenes. En esas “historias” convergen hechos, verdades, ficciones, invenciones, imaginaciones, olvidos y mitos. El historiador debe contentarse con contar honestamente la verdad, sin olvidar que muchas veces una “ficción” o un “mito” que reside en el imaginario colectivo nos dice mucho más acerca de las sociedades que los “hechos” oficialmente transmitidos por quienes sustentaron en un momento dado el poder. Durante demasiado tiempo, equivocadamente, lo subjetivo ha sido sinónimo (o, al menos, sospechoso) de ficción, y lo objetivo de realidad. “Subjetivo-objetivo” y “realidad-ficción” son dos categorías diferentes, como lo son también la de “verdad-mentira”, que no afecta sólo al plano estético sino también al ético, no sólo al plano de los discursos sino al de la existencia.

En consecuencia, los ensayos autobiográficos de historiadores operan a múltiples niveles. En el más elemental, se convierten en textos de los que se puede extraer información sobre la vida de sus autores. A nivel intermedio, esos textos se convierten en testimonios pasivos de la evolución de la historiografía, constituyéndose en fuentes de información privilegiada para todos aquellos que quieran comprender mejor las corrientes dominantes en un determinado momento. En el nivel más sofisticado, estos artefactos narrativos representan y generan simultáneamente nuevas corrientes historiográficas, haciendo honor a aquellas palabras de Nietzsche: “una nueva necesidad en el presente abre las puertas a un nuevo órgano para la comprensión del pasado” (“A new need in the present opens a new organ of understanding the past”). En un mundo científico en el que aumenta incesantemente la necesidad de la auto-conciencia, la representatividad de lo singular y la reflexión epistemológica, se requieren nuevas formas de expresión para la comprensión de la realidad. Las autobiografías académicas, consideradas hasta hace muy poco como un ingrediente residual del mundo de las producciones científicas, se convierten así

JAUME AURELL

en una fuente de información imprescindible para la comprensión de los fenómenos intelectuales.

